

EL CRISTIANO FRENTE A LOS CONFLICTOS

Orville Swindoll

Hace meses esta nación está en pie de guerra, no por su propia iniciativa, sino en respuesta a los ataques de terroristas determinados y temibles que han dado a entender que su propósito es derribar el gobierno y minar la economía que ha dado estabilidad y prosperidad a los muchos millones de habitantes de esta tierra. Lamentablemente, la naturaleza de este conflicto ha provocado muchas opiniones encontradas entre el pueblo como también muchas riñas políticas.

Mi deseo ahora es presentar algunos conceptos fundamentados en las sagradas escrituras que nos puedan orientar en medio de esta situación, especialmente desde el punto de visto de un cristiano que quiere vivir para agradar a Dios. Como hijos de Dios estamos llamados a vivir en paz con aquellos que nos rodean, al menos hasta donde podemos. Nuestro modelo siempre es Jesucristo. Así que, en primer lugar vamos a prestar atención a sus palabras.

Las que Mateo registra en el capítulo 10 de su Evangelio son llamativas. Dijo Jesús:

No crean que he venido a traer paz a la tierra. No vine a traer paz sino espada.

Porque he venido a poner en conflicto

«al hombre contra su padre,

a la hija contra su madre,

a la nuera contra su suegra;

los enemigos de cada cual serán los de su propia familia» (Mateo 10:34–35).

En otras ocasiones también Jesús señaló que el que pretende seguirlo tendrá que poner su devoción a Cristo por encima de todo otro compromiso. Quizá en esta cita la referencia a una «espada» es figurativa, pues resulta difícil imaginar una situación en la cual uno haría uso de una espada para resolver conflictos en su propia familia.

Cerca del fin de su ministerio terrenal Mateo registra una pregunta de los discípulos de Jesús a su maestro:

¿Cuál será la señal de tu venida y del fin del mundo?» (Mateo 24:3).

A la cual Jesús les da una respuesta muy escueta:

Ustedes oirán de guerras y de rumores de guerras, pero procuren no alarmarse. Es necesario que eso suceda, pero no será todavía el fin. Se levantará nación contra nación, y reino contra reino. Habrá hambres y terremotos por todas partes. Todo esto será apenas el comienzo de los dolores. (Mateo 24:6–8).

El apóstol Juan registra algunos detalles interesantes en relación con el arresto de

Jesús. Cuando se le acercaron los soldados y siervos del sumo sacerdote para prender al maestro, Simón Pedro —según relata Juan— *«tenía una espada, la desenfundó e hirió al siervo del sumo sacerdote»* (Juan 18:10).

Lo que llama la atención es que uno de los apóstoles de Jesús andaba con una espada, como para hacer batalla. Parece obvio que Jesús no se lo prohibía, pues de otra manera Pedro no habría seguido al lado de Jesús con la espada puesta por tanto tiempo. Por cierto, cuando Pedro la usó, mereció la fuerte reprensión de su maestro, que le dijo:

«¡Vuelve esa espada a su funda! ... ¿Acaso no he de beber el trago amargo que el Padre me da a beber?» (Juan 18:11).

Unas horas más tarde Jesús, con las manos ya en amarras, se encuentra frente al gobernador Poncio Pilato que le pregunta lo que ha hecho como para ser arrestado. Jesús responde, casi enigmáticamente:

«Mi reino no es de este mundo ... Si lo fuera, mis propios guardias pelearían para impedir que los judíos me arrestaran. Pero mi reino no es de este mundo» (Juan 18:36).

Hasta aquí, parece obvio que Jesús reconoce la realidad de los conflictos entre pueblos y naciones, pero no se involucra personalmente, como si ese asunto correspondiera a otras personas. Sin embargo, no es difícil percibir la tensión que existe entre el plano social, nacional y político por un lado y el plano espiritual por el otro.

En sus epístolas, el apóstol Pablo desarrolla más el pensamiento cristiano al respecto. Por ejemplo, leemos en Romanos 13:3–4:

«Porque los gobernantes no están para infundir terror a los que hacen lo bueno sino a los que hacen lo malo ... No en vano lleva la espada, pues está al servicio de Dios para impartir justicia y castigar al malhechor».

Si es cierto que reconoce la autoridad del gobierno político para usar las armas, su concepto de la naturaleza del conflicto en el cual estamos involucrados los cristianos es bien diferente, tal como leemos en 2 Corintios 10:3–5:

«Aunque vivimos en el mundo, no libramos batallas como lo hace el mundo. Las armas con que luchamos no son del mundo, sino que tienen el poder divino para derribar fortalezas. Destruimos argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios.»

Más adelante, en su carta a los Efesios, se torna más específico:

«Por último, fortalézcanse con el gran poder del Señor. Pónganse toda la armadura de Dios para que puedan hacer frente a las artimañas del diablo. Porque nuestra lucha no es contra seres humanos, sino contra poderes, contra autoridades, contra potestades

que dominan este mundo de tinieblas, contra fuerzas espirituales malignas en las regiones celestiales. Por lo tanto, pónganse toda la armadura de Dios, para que cuando llegue el día malo puedan resistir hasta el fin con firmeza» (Efesios 6:10–13).

Quiero referirme a un texto más, esta vez del apóstol Pedro:

«Practiquen el dominio propio y manténganse alerta. Su enemigo el diablo ronda como león rugiente, buscando a quién devorar. Resístanlo, manteniéndose firmes en la fe, sabiendo que sus hermanos en todo el mundo están soportando la misma clase de sufrimientos» (1 Pedro 5:8–9).

En resumen, parece evidente que precisamos la conciencia clara que estamos todos en pie de guerra, pero que nuestro conflicto específico —en el cual corresponde el uso de las armas que el Señor nos ha dado— está en el plano espiritual. La Biblia deja bien claro que el plano espiritual es el escenario donde se determinan las cosas en el plano natural, social y político. Las armas que Dios nos ha dado —la fe, los dones espirituales, el discernimiento, como también el amor, el perdón y la misericordia— son todas armas espirituales de gran poder. Tomemos en serio, hermanos, nuestra responsabilidad de orar e interceder por los que están en autoridad en esta nación, como también por aquellos que se perciben como los enemigos que quieren destruir la nación. Bien puede ser que, igual que en los tiempos antiguos, Dios mismo intervenga y determine la salida de este conflicto armado por la fidelidad de su pueblo que aprende a usar sabiamente sus armas espirituales.

Que Dios nos guíe y nos ayude.